

Lenguaje Lenguaje

Entre el nacimiento de Garcilaso y el de Fray Luis de León median 24 o 26 años. Transcurrieron 40 años desde la muerte de Garcilaso hasta que Fray Luis fue puesto en libertad después de su proceso inquisitorial. Estos años fueron decisivos. Durante ellos, Carlos V había visto fracasar sus intentos de concordia religiosa y en sus sueños de imperio europeo, retirado en yuste, había aconsejado a Felipe II política de mano dura frente a la herejía. Los autos de fe de 1559, el índice inquisitorial del mismo año y la prohibición de estudiar en universidades extranjeras habían manifestado el rigor represivo y el recelo. El ascetismo espontáneo, la ortodoxia más estrecha y el temor a la opinión dominante imponían un viviendatismo. El vivir adusto y cohibido. Fray Luis lucha en una sociedad que se cierra. Aunque la Inquisición lo absuelva, los cinco años de cárcel y el proceso reducen para mucho tiempo el campo de actividades en que sin riesgos podría ejercitarse el pensamiento español. Triste.

Dramática España de Felipe II Bien es verdad que el panorama europeo no era más sonriente Guerras de religión, matanzas como la de San Bartolomé Persecución de la minoría vencida en nombre del credo vencedor en cada país Católicos y reformistas rechazan para su indumentaria los colores vivos Europa entera se viste de negro La grandeza de Fray Luis consiste en haber superado este ambiente Impulsando con entusiasmo y fervor cuanto podía ser punto de partida Para la elevación espiritual y revelándose con firme desafío A ipsoferro contra lo que era constricción anuladora Las palabras que acabamos de oír pertenecen a Garcilaso y Fray Luis En este estudio la pesa compara el tema del Beatus Ite en ambos poetas Damaso por su parte lo ha hecho entre Fray Luis y Medrano En uno de sus ensayos sobre poesía española Y Amado Alonso comentó ya el poema que vamos a oír En el ideal clásico de la forma poética Oigamos ahora el Beatus Ite en la oda Vida religiosa Vida religiosa

tirada de Fray Luis de León. ¡Qué descansada vida, la del que huye del mundanal ruido, y sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido! Que no le enturbe al pecho de los soberbios grandes el estado, ni del dorado techo se admira fabricado del sabio moro en jaspes sustentado. No cuida si la fama canta con voz su nombre pregonera, no cura si encarama la lengua lisonjera lo que condena la verdad sincera. ¿Qué presta a mi contento si soy del vano dedo señalado, si en busca de este viento ando desalentado con ansias vivas y mortal cuidado? ¡Oh campo, oh monte, oh río, oh secreto seguro, deleitoso! ¡Roto casi el navío, a vuestro almo reposo huyo de a queste mar tempestuoso!

Un no rompido sueño, un día puro, alegre, libre quiero. No quiero ver el ceño vanamente severo del que la sangre sube o el dinero. Despiértense las aves con su cantar suave no aprendido. No los cuidados graves de que siempre seguido quien al ajeno arbitrio está tenido. Vivir quiero conmigo, gozar quiero del bien que debo al cielo a solas, sin testigo, libre de amor, de celo, de odio, de esperanzas, de recelo. Del monte en la ladera por mi mano plantado tengo un huerto, que con la primavera de bella flor cubierto ya muestra en esperanza el fruto cierto. Y como codiciosa debería acrecentar su hermosura desde la cumbre airosa una fontana pura hasta llegar corriendo. Y luego sosegada el paso entre los árboles torciendo el suelo de pasada de verdura vistiendo y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea y ofrece mil olores al sentido. Los árboles menean con manso ruido que del oro y el cetro pone olvido. Ténganse su tesoro los que de un flaco leño se confían. No es mío ver el lloro de los que desconfían cuando el cierzo y el ábrego porfían. La combatida antena cruje y en ciega noche el claro día se torna. Al cielo suena confusa vocería y la mar enriquece en aporfía. A mí una pobrecilla mesa de amable paz bien abastada me baste. Y la vajilla de fino oro labrada sea de quien la mar no teme airada. Y mientras miserablemente se están los otros abrazando con sed insaciable del no durable mando, tendido yo a la sombra esté cantando. A la sombra tendido de yedra y lauro coronado, puesto el atento oído al son dulce acordado del plectro sabiamente meneado. ¡A la sombra!

Esta oda, una de las tres frailuisianas que tocan el tema del Beatusile, hay que situarla en la primera etapa de la trayectoria poética de Frailuis de León. El código de la biblioteca del Palacio Real, probablemente el más antiguo por contener sólo 12 liras que ofrecen el resto de los manuscritos, lleva por título Desprecio del mundo, al recogimiento de Carlos V, pero en letra visiblemente distinta del poema. La crítica está de acuerdo en rechazarlo como auténtico, dado el fuerte acento personal de la oda. También es conocida como Canción a la vida solitaria. El vocabulario de Frailuis es parco en cultismos, sin perjuicio de que algunos vocablos y construcciones calquen la acepción y el uso latinos. Nuestra oda presenta cuatro voces cultas en la forma, un cultismo que, dama su irapesa, llaman de acepción y algunas construcciones sintácticas que comentaremos. Almo, que funciona como epíteto. El epíteto en almo reposo y que significa vivificador.

un latinismo crudo, como Lauro por Laurel, se encuentra ya en Santillana. Cetro es un semicultismo que ya usa Berceo y Plectro es un helenismo que también usa Herrera. Fontana y Antena, por mástil de la nave, no son propiamente cultismos. El latinismo de acepción a que nos referíamos en el sustantivo leño, voz en sí popular, pero que calca el pinus de Horacio con el significado de nave. Leño, con el sentido de nave, lo había usado ya Garcilaso. Queda pues manifiesta su perquedad en la introducción de voces cultas. De las construcciones hablaremos posteriormente. El tema de la oda es muy sencillo y desde Horacio contaba ya en romance con tal arraigo de siglos que constituye uno de los tópicos más universales. Es la búsqueda de la propia identidad en la paz del campo, identidad que naufraga en lo azaroso de la vida mundana con su tráfigo de ambiciones y falsas apariencias. Es el tema del Beatus Ile, es decir, feliz él.

Cantado incesantemente, ningún poeta ha alcanzado a darle el sentimiento profundo, dramático y sincero de Fray Luis de León. Dentro del significado total, los significados parciales se yuxtaponen impresionando nuestra sensibilidad. Mediante unos significantes que revelan no ya una maestría técnica, sino una intuición poética genial. Para Fray Luis, la felicidad es la sabiduría que se obtiene lejos de la vanidad del mundo. La riqueza y la fama producen la inquietud que al poeta le hace volverse a la naturaleza donde únicamente puede encontrar lo más sagrado para él, la libertad. Un día puro, alegre, libre, quiero, nos dice en la estrofa sexta, sin más acreedor que el cielo. Gozar quiero, nos dice en la octava estrofa, del bien que debo al cielo. Pero la libertad para él es además una libertad sobre todo interior. Libre de amor, de celo, de odio, de esperanzas, de recelo. Podríamos pensar que está camino del accésis, pero no. Es el retiro del humanista que busca la soledad para identificarse.

consigo mismo, un retiro armonizado con la naturaleza. Pero la naturaleza en Fray Luis no es una bella abstracción quintaesenciada como en Garcilaso, es un conjunto, como bellamente dice la pesa, de maravillas concretas. Efectivamente, ese huerto que tanto nos ha emocionado a todos, del monte en la ladera, por mi mano plantado tengo un huerto, donde la brisa mueve lentamente los árboles, los árboles menean, pudo ser muy bien una finca llamada La Flecha, que su orden poseía en las proximidades de Salamanca. De esa placidez no pueden gozar los que viven esclavos de la ambición, cuya zozobra simboliza el poeta en la escena del naufragio. La ambición es el frágil barco, los que en un flaco leño se confían, que acaban por perder incluso su riqueza en la más revuelta de sus pasiones. Y la mar enriquece en la porfía, lejos de él que gozará en la paz del campo, acompañado de la única fama que admite, la del poeta a la manera humanística. Coronado deawat

de Hiedra y Laurel como los poetas de la antigüedad clásica. Técnicamente la oda la toma Fray Luis de Horacio en líneas generales. Su unidad estrófica, la lira, había sido ya ensayada en castellano por Garcilaso en su famosa canción quinta y no en su poema de tema más horaciano como quiere Damaso Alonso, puesto que lo más horaciano de Garcilaso son los versos 38 al 76 de la égloga segunda. El vigor expresivo de la oda se debe en gran parte a esta forma métrica que por su brevedad le facilita la yuxtaposición de planos en brusca transición, lo cual aviva nuestra imaginación. El pensamiento general está montado sobre una serie de paralelismos. A la primera estrofa afirmativa se oponen las dos siguientes negativas. Lo que el sabio prefiere se opone a lo que al sabio no le interesa. La emotividad nos la produce el poema con la irrupción de la subjetividad del poeta cuando sin aparente nexo lógico prorrumpe con una de las exclamaciones más hermosas del clasicismo español. O monte,

o fuente, o río, en la que los sustantivos aparecen en su más bella desnudez sin más acompañamiento de epítetos. La oposición de contrarios le sirve también para definir su felicidad. Un no rompido sueño, un día libre quiero. A la libertad reiteradamente expresada, libre se repite en sólo tres estrofas, se opone el yugo de los poderosos. Adviértase que en el final de la estrofa sexta hay un uso del artículo con valor de relativo. Del que la sangre sube o el dinero debe entenderse de aquel que la sangre sube o el dinero sin preposición. Los mejores manuscritos ofrecen esta forma, aunque Damaso ofrece de al que la sangre sube. Y este es realmente el sentido. Pero es que aquí usa una construcción latina, ya que el objeto directo no llevaba preposición en latín. Y Fray Luis era un buen filólogo, además de un gran poeta, y efectivamente es más expresiva la omisión de la preposición en este caso. Al punto de la oposición, el artículo de la libertad es un artículo que no tiene nada que ver con la expresión de la libertad.

es el hiperbatón en el comienzo de la novena estrofa, que rompe no solamente la estructura gramatical, sino la conexión con las estrofas desiderativas anteriores. Es la famosa descripción del huerto que a todo lector le ha acompañado y que inesperadamente surge con una entidad propia. Es el huerto en el que nos imaginamos la mirada amorosa de Fray Luis acechando el brote de cada flor como promesa del granado fruto. He aquí el hiperbatón doble. Del monte en la ladera, por mi mano plantado tengo un huerto. Hiperbatón que se repite en la décima estrofa. Una fontana pura hasta llegar corriendo se apresura. Obsérvese que ambos hiperbatón aparecen en el comienzo de dos descripciones que responden a los nombres antes evocados, monte y fuente, aunque fuente lo halleemos bajo

el nombre más italianista fontana. Pero la ruptura es solamente aparente. Es el comienzo de un nuevo paralelismo. La beatitud rústica simbolizada en este huerto queda rota en el final de la estrofa por la ambición evocada contigo. Son dos metáforas, el cetro y el...

loro. La ambición que les mueve a enfrentarse a quienes la padecen con la tempestad y el naufragio. Tempestad que no nombra el poeta sino con una metonimia. Las causas de la tempestad, el crujir de la arboladura y el oscurecer de las nubes. Esta tempestad en el mar es el paralelo opuesto del huerto. El momento anticlimático de la oda viene señalado por dos recursos que distienden. El polisíndeton en el comienzo de la estrofa y el encabalgamiento que da mayor longitud al verso. Y miserable, verso primero, mente en el verso segundo. Este alargamiento parece como si nos ayudara a sentirnos descargados de la tempestad y nos prepara para descansar en la beatitud sedante con que acaba la oda en un movimiento circular. Comenzaba con la descansada vida del sabio y acaba con la descripción del sabio tendido a la sombra. Nada más placentero para la sensibilidad castellana abrazada por el sol que la palabra sombra. Y sombra aparece en final y comienzo de dos estrofas consecutivas, las finales. La ausencia de la vida de la humanidad. La ausencia total de formas verbales nos producen una sensación de atemporalidad absoluta.

la beatitud donde solamente existe lo bello, la poesía clásica evocada con la yedra y el laurel y la música. La música que en otra oda, la dedicada a Salinas, le llevará a Fray Luis a sentir la armonía del universo y el acceso a la divinidad.